

collares y pulseras y los adornos que cuelgan de su cabeza.

Su paso, lento al principio, va acompañado de gestos terriblemente licenciosos, y pronto se acelera hasta el frenesí; se diría que imita los estremecimientos de un mono loco ó las contorsiones de una poseída.

Agotadas sus fuerzas, la bailarina se retira anhelante, rendida y cubierta de sudor.

Sus compañeras la acogen con aplausos y con hurras.

Después, otra ocupa el puesto en el baile y luego otra, hasta que todas han tomado parte en él.

Las viejas se distinguen por una indecencia más cínica y más rabiosa, por decirlo así.

El niño, que muchas de ellas suelen llevar á la espalda, terriblemente mareado, lanza gritos penetrantes.

Pero las negras pierden en semejantes casos el sentimiento maternal y no hay nada capaz de detenerlas.

En todas las comarcas del Senegal las salidas de la luna son los momentos particularmente consagrados á la *bamboula* en las noches de baile.

A la caída de la tarde se forman los grupos.

Las mujeres se ponen, para estas ocasiones, sus paños de colores más vivos, engalanándose con joyas de oro fino de Galám, con pesados brazaletes de plata y con grandes collares de multitud de sartas de ambar y de coral.....

.....
Y cuando el rojo disco aparece, siempre agrandado y deformado por el espejismo, arrojando sobre el horizonte sangrientos resplandores, un estremecimiento furioso corre por aquella multitud, y la fiesta comienza.

En ciertas épocas del año, delante de la casa de Samba-Hamet, la solitaria plaza era el lugar escogido para teatro de las fantásticas *bamboulas*.

En estas ocasiones Coura-n'diaye prestaba á Fatou algunas de sus alhajas más preciosas para ir á la fiesta.

Algunas veces asistía ella misma, como en sus buenos tiempos.

Y entonces, cuando la vieja griote se adelantaba cubierta de oro y con la cabeza alta, llevando en sus apagados ojos una llama misteriosa, un murmullo de admiración se dejaba oír por todas partes.

Sobre el pecho de momia negra de Coura-n'diaye que pendía vacío y seco, se ostentaban los maravillosos presentes de El Hadj el conquistador: collares de malaquita de un precioso verde pálido y sartas de gruesas bolas de oro de un trabajo inimitable. Llevaba los brazos cubiertos de oro, así como los tobillos y los dedos de los pies que iban llenos de valiosas sortijas, y hasta su cabeza era un artístico edificio de oro.

La vieja, semejante á un ídolo engalanado, se po-

nia á cantar y poco á poco iba animándose y agitando sus brazos de esqueleto, que apenas podían soportar el peso de los brazaletes.

Su voz ronca y cavernosa resonaba al principio como si saliera del fondo de una cueva; pero luego se iba haciendo vibrante hasta estremecer á quien la oía.

Se veía entonces un destello, se oía un eco póstumo de la poetisa de El Hadj.

En sus ojos dilatados, que brillaban en aquel momento con extraños fulgores, parecía que se veían pasar reflejos de las grandes guerras misteriosas de otro tiempo y de aquellos días que ya nunca habían de volver; los ejércitos de El Hadj volando en el desierto, y las grandes matanzas de esclavos que dejaban los campos cubiertos de cuerpos con que saciar el hambre de los buitres; el asalto de Segon-Koro y todos los pueblos de Marsina, que median centenares de leguas iluminadas por el ardiente sol, desde Medina á Tombouctou.....

Coura-n'dieye quedaba muy fatigada cuando terminaba sus canciones.

Volvió á su casa débil y temblorosa, y se tendía en su tala.

Cuando sus esclavas la habían despojado de sus alhajas, se iban de puntillas para no hacer ruido y dejarla dormir.

Coura-n'dieye se quedaba entonces inmóvil como una muerta, y permanecía acostada durante dos días.

VI

Guet-n'dar, la villa negra edificada de paja y tierra sobre las doradas arenas era un pueblo de aspecto casi alegre.

La constituían millares y millares de chozas, medio escondidas detrás de las empalizadas de rosales secos y coronadas todas por un gran sombrero de cañas y de paja.

Y los millares de puntas, de esos millares de tejados, figuraban las formas más extravagantes y más picudas. Las unas derechas amenazando al cielo, las otras, atravesadas, amenazando á sus vecinos, y las otras, en fin, retorcidas, curvadas, inclinadas, como rendidas por la fuerza de tanto y tanto sol, pareciendo querer enrollarse y retorcerse como trompas de elefante.....

Y todo esto, visto en panorama y dibujando extrañas perspectivas sobre la uniformidad de un cielo despejado y azul.

En el centro de Guet-n'dar y dividiendo la ciudad de Norte á Sur, hay una ancha calle de arena alineada y recta que desemboca en el desierto.

¡El desierto por campo y por horizonte!.....

A cada lado de esa hermosa calle existe un dédalo de callejuelas tortuosas y estrechas como los senderos de un laberinto.

Por uno de estos barrios conducía Fatou á Juan, y, para conducirlo á la manera negra, le llevaba un dedo cogido en su manecita cerrada y negra, adornada con sortijas de cobre.

Estamos en Febrero, son las siete de la mañana y el sol comienza á asomar.

La hora es agradable y fresca hasta en el Senegal.

Juan va andando con su paso igual y grave, sonriendo interiormente al pensar en la graciosa expedición que Fatou le obliga á hacer y en el extraño personaje á quien van á visitar.

El joven se deja conducir de buen grado pues aquel paseo le interesa y le distrae.

El tiempo está hermoso; el aire puro de la mañana y el bienestar físico producido por aquella rara frescura, ejercen benéfica influencia sobre el spahi.

Además, en aquel momento Fatou Gayé le parecía inocente, graciosa, y casi la amaba.

Estaba en uno de esos instantes raros y fugitivos en que sus recuerdos se apagaban, y en que aquel país de Africa parecía sonreírle.

Uno de esos instantes en que el spahi se abandona sin pensamientos sombríos á aquella vida que desde hace tres años le mece y le duerme con un

sueño pesado y peligroso, turbado por siniestras visiones.

El aire de la mañana es fresco y puro.

Detrás de las empalizadas grises, que forman las estrechas callejas de Guet-n'dar, se comienzan á oír los primeros y sonoros golpes de los morteros, que están moliendo la harina para los kouskous, mezclándose este ruido con los gritos de las negras madrugadoras.

Se respiran los olores penetrantes de los amuletos de cuero, del kouskous y del soumare.

Algunos negritos empiezan á salir á las puertas con su hinchado vientre, adornado de un hilo de cuentas azules, del cual pende un relicario ó amuleto. Su sonrisa hace que su boca, ya grande, se dilate hasta las orejas y en su cabeza afeitada ostentan tres rabitos cortos y rebeldes.

Todos miran á Juan curiosamente con sus grandes ojos negros y hasta algunos más atrevidos le dicen:

—¡Toubab!.. ¡Toubab!.. ¡Toubab!..

—¡Buenos días!.....

Esto es muy propio de aquel país inhospitalario y alejado de la patria, donde los más pequeños detalles y las menores cosas son extrañas.

Pero hay tal magia en aquellas auroras trópicas, tal limpidez en aquellas mañanas y tal bienestar en aquella frescura inusitada, que Juan responde ale-

gremente á los saludos de los niños negros, sonríe á las reflexiones de Fatou y se abandona y olvida...

El personaje á cuya casa se dirigían Juan y Fatou era un viejo hechicero que se llamaba Samba-Latir.

Cuando ambos estuvieron en su casa, sentados en el suelo sobre blancos lienzos, Fatou tomó la palabra y explicó su caso, que era, como va á verse, grave y crítico:

Desde hacía varios días se encontraba siempre á la misma hora á cierta vieja muy fea que le miraba de una manera singular:

«¡Con el rabillo del ojo y sin volver la cabeza!»..

Por fin la noche del día anterior había entrado en su casa deshecha en lágrimas declarando á Juan que se sentía embrujada.

Toda la noche había tenido que estar con la cabeza metida en agua para atenuar los primeros efectos de aquel maleficio.

En la preciosa colección de amuletos que poseía; los había contra toda especie de males y de accidentes; contra los malos sueños y los venenos de las plantas; contra las caídas peligrosas y el veneno de los animales; contra las infidelidades del corazón de Juan y los disgustos de las hormigas blancas; contra los cólicos y contra el caimán.

Pero contra el mal de ojo de una vieja, que se empeña en embrujarle á uno al pasar, no estaba prevenida la pobre Fatou-Gayé.

Además, le habían dicho que precisamente en aquello, Samba-Latir era una especialidad reconocida, y por eso Fatou-Gayé había recurrido inmediatamente á él.

Samba-Latir, que precisamente tenía preparado todo lo que se necesitaba para el caso, sacó de un cofrecito misterioso un sobrecito rojo pendiente de un cordón de cuero y le colgó al cuello de Fatou, pronunciando las palabras sacramentales, con lo cual el espíritu maligno quedó conjurado.

Todo esto no costaba más que dos *kaliss* de plata (diez pesetas) y el spahí, que no sabía regatear y menos un amuleto, pagó sin replicar.

Sin embargo, al dar aquellas dos monedas, sintió que la sangre se agolpaba á su rostro.

Y no por que tuviese apego al dinero, pues jamás había conocido su valor, sino porque los dos *kaliss* era casi todo lo que le quedaba, y sobre todo, porque pensaba con remordimiento que sus pobres padres se privaban de muchas cosas, que costaban menos de dos *kaliss* y que seguramente eran más útiles que los amuletos de Samba-Latir.

VII

Carta de Juana Mery á su primo Juan

«Mi querido Juan:

«Ya han pasado tres años desde tu partida y siempre estoy esperando que me hables de tu vuelta.

»Tengo completa fé en tí y sé que no eres capaz de engañarme, pero no puedo menos de ponerme muy triste al ver que el tiempo pasa sin volverte á ver.

»Además, dicen mis padres que si tú hubieses querido no te hubiera sido difícil obtener una licencia para venir á vernos. No están contentos contigo porque hay en el pueblo quien les habla mal de tí; sin embargo, creo que en esto tienen razón, pues nuestro primo Pedro vino dos veces al país mientras fué soldado.

»Por aquí corren voces de que me voy á casar con Suirot. ¿Crees tú que pueda yo casarme con ese tonto que se las echa de señorito?.. Digan lo que quieran, ya tú sabes que para mí no hay nadie en el mundo como mi queridísimo Juan.

»Respecto a los bailes, puedes estar bien tranquilo, pues no hay cuidado de que nadie consiga hacerme ir, aunque digan por esto que me doy tono.

»Para bailar con el tonto de Suirot; con el necio de Toinou ó con otros por el estilo, no vale la pena de ir á ninguna parte. Yo me encuentro mucho mejor, por las noches, sentada á la puerta de casa de Rosa hilando, y pensando en mi Juan, que vale mucho más que todo el mundo. Estos son, por cierto, primo mío, los mejores ratos de mi vida.

»Te doy las gracias por tu retrato que no puede estar más parecido. Dicen que has cambiado mucho

y que estás más guapo; pero yo te encuentro lo mismo. Le he puesto encima de la chimenea grande y mi ramo de Pascuas le he colocado á su alrededor. De este modo, cuando entro en el cuarto, es lo primero que veo.

»Aún no me he atrevido á ponerme, mi querido Juan, ese brazaletes hecho por las negras que tú me has enviado, por miedo á las murmuraciones de Olivette y de Rosa, que dicen que soy muy señorita.

¡Oh! pero cuando tú vengas y nos casemos, no haré lo mismo; entonces me pondré todas mis galas para ir contigo.

»Ven aunque no sea más que para que se me quite un poco esta tristeza que tengo de no verte en tanto tiempo. Algunas veces me río con los demás, pero después se me hace un nudo en la garganta y siento una tristeza tan grande, que tengo que esconderme para llorar.

»Adios, mi querido Juan, te abraza con todo su corazón tu prima,

JUANA MERY.»

VIII

Las manos de Fatou, que eran de un hermoso color negro por encima, tenían las palmas rosadas.

Por mucho tiempo esto había causado horror al spahí que no quería ver las manos de Fatou, pues le

causaban, á pesar suyo, la misma impresión de repugnancia que si viera las patas de un mono.

Aquellas manos eran, sin embargo, pequeñas y delicadas y estaban unidas al brazo por una fina y redonda muñeca.

Pero aquella decoloración de las palmas de las manos tenía algo de irracional que imponía.

Esto, unido á ciertas entonaciones de un sonido extraño que se le escapaban á la negrita algunas veces cuando estaba muy animada y á ciertos gestos y actitudes, no podía menos de recordar misteriosos parecidos que turbaban la imaginación.....

Sin embargo, Juan con el tiempo se había ido acostumbrando á todo esto y ya no le inquietaba.

En los momentos en que Fatou le parecía graciosa ó sentía alguna inclinación hacia ella, hasta la llamaba riendo con un nombre yolok, que significa *muchacha-mono*.

Fatou se sentía muy ofendida por aquellas bromas y tomaba entonces actitudes y posturas tan trágicas, que hacían reír al spahí.

Un día (hacia un tiempo hermoso, una temperatura suave bajo un cielo purísimo) un día, Friz Muller, que iba á ver á Juan á su casa, había subido sin ruido y se había detenido en el dintel de la puerta.

Desde allí podía presenciar á su gusto la escena siguiente:

Juan sonriendo como un niño que se divierte parecía examinar á Fatou con extremada atención extendiendo sus brazos, haciéndola dar vueltas y examinándola en diferentes actitudes.

Luego decía aparentando un gran convencimiento de sus palabras y como sacando en conclusión de sus observaciones.

—Exactamente igual que un mono.

Y Fatou respondía muy ofendida.

—¡Ah, Juan, Juan! No digas eso blanco mío... Mono no sabe hablar y yo en cambio hablo muy bien.

Entonces Fritz Muller soltó una sonora carcajada. Juan le imitó al ver sobre todo el aire digno y *comme il faut* que Fatou-Gayé se esforzaba en tomar á fin de protestar con su actitud de aquellas comparaciones impolíticas.

—En todo caso será un mono muy bonito, dijo Fritz Muller, que admiraba mucho la belleza de Fatou, pues había vivido mucho tiempo en los países negros y sabía apreciar la hermosura de las hijas del Soudan.

IX

En una sala blanca, cuyas anchas ventanas están abiertas de par en par al viento de la noche, se ven dos lámparas cuya luz atrae algunas mariposas y una gran mesa, alrededor de la cual hay muchos hombres vestidos de rojo que con sus voces produ-

cen una alegre algazara y algunas maritornes muy negras que sirven alrededor. En una palabra, se presencia una cena de los spahís.

Por el día ha habido fiesta en San Luis: una fiesta puramente militar; revista y carreras de caballos en el desierto, carreras de camellos, de bueyes y, en fin, todo el programa de fiestas acostumbradas en esos pueblecitos de la Nubia.

Por las calles se han visto circular con su uniforme á todos los hombres más notables de la guarnición; marinos, spahís ó tiradores. Se han visto mulatas con sus trajes de fiesta; las viejas *síguardes* del Senegal, muy orgullosas con su alto peinado y sus dos rizos colgando en tirabuzón, según la moda de 1820, y *sígnardes* jóvenes con los trajes de nuestra época. Además, dos ó tres mujeres blancas con trajes elegantes y frescos, y detrás de ellas, como retaguardia, la multitud negra cubierta de *grisgris* y de adornos, salvajes. Todo Guet-n'dar en día de gala.

Todo lo que San Luis puede desplegar de animación y de vida, todo lo que la vieja colonia puede ostentar de gente en sus calles, se reúne en un día, volviendo después á encerrarse en sus casas silenciosas, cubiertas de un sudario uniforme de blanquísima cal.....

Y los spahís, que han tenido parada todo el día en la plaza del Gobierno, están muy alegres y muy excitados por aquel desusado movimiento.

Celebran aquella noche las condecoraciones y las medallas que les ha traído el último correo de Francia, y Juan, que de ordinario hace *ranchito aparte*, asiste con ellos á aquella cena que es una *comida del cuerpo*.

Mucho han tenido que hacer las maritornes negras para servir á los spahís, y no porque ellos hayan comido mucho, sino porque han bebido de firme y casi todos están *alegres*.

Muchos brindis se han cruzado, muchos chistes llenos de candidez ó de cinismo se han oído, mucho ingenio se ha derramado; de ese ingenio de los spahís tan original y que es á la vez excéptico é infantil, extrañas canciones aprendidas no se sabe dónde, en Argelia ó en la India, se han escuchado por todas partes; las unas en cómicos monólogos y las otras en coros terribles, acompañadas del ruido de vasos que iban á estrellarse en el suelo ó de puñetazos que hacían temblar las mesas. Se han contado anécdotas picarescas y graciosas que han hecho resonar alegres carcajadas, y también se han oído palabras capaces de hacer subir el rubor á la frente del mismísimo diablo.

De repente un spahí se levanta y extendiendo su mano en la que se vé una copa de champagne, lanza este brindis inesperado.

—¡Brindo por los compañeros que han caído en la Meca y en Bobdiarah!

¡Extraño brindis que el autor de este relato no ha inventado seguramente!

¿Era esta extraña salutación un homenaje rendido al recuerdo, ó una broma sacrílega dirigida á los muertos?...

Sólo podemos decir que el que había lanzado este fúnebre brindis estaba completamente borracho y sus ojos tenían una expresión sombría.....

.....
¡Ay! dentro de algunos años, ¿quién se acordará de aquellos que cayeron derrotados en Bobdiarah y en la Meca y cuyos huesos se han igualado ya con la arena del desierto?

La gente de San Luis que los vió partir, habrá retenido sus nombres tal vez... pero dentro de algunos años, ¿quién se acordará de ellos y podrá pronunciarlos todavía?.....

.....
Y muchos vasos fueron vaciados á la memoria de los muertos.

Pero aquel extraño brindis había hecho reinar por un instante un gran silencio de asombro, y aunque el ruido comenzó de nuevo, parecía que un crespón negro había sido arrojado sobre la alegría de los spahís.

Juan sobre todo, cuyos ojos se habían animado al presenciar la alegría de sus compañeros y que aquella noche por casualidad reía con todo su co-

razón, Juan se puso grave y pensativo sin saber por qué...

¡Muertos allá en el desierto!

¡Oh, sin poderlo evitar esta idea helaba su sangre como el rumor del grito de un chacal y hacía correr un estremecimiento por todo su cuerpo!

¡Pobre Juan! Aún era muy niño, aún no era bastante aguerrido ni bastante soldado.

Y no porque no fuese valiente, pues no conocía el miedo, y menos el miedo á batirse.

Cuando oía hablar de Boubakar-Segou, que estaba por entonces con su ejército casi á las puertas de San Luis, sentía que su corazón latía más deprisa, y soñaba pensando que si él fuera á la guerra, se sentiría ensalzado á sus propios ojos.

¡Ver por fin el fuego, hacer la guerra á un Rey negro! ¡Oh! había momentos en que este deseo se apoderaba de él de una manera violenta!

¡Para batirse se había hecho spahí y no para ir á vivir oscurecido en una casita blanca bajo los sortilegios de una joven khassonkée!.....

.....
¡Pobres spahís, que bebeis á la memoria de los muertos!

Reid, cantad, estad alegres y locos, aprovechad ese instante de dicha que pasa!...

Pero vuestros cantos y vuestra algazara son discordantes en ese país del sol, pues aún deben estar

reciente allá, en el desierto, las huellas que han dejado al caer los cuerpos de vuestros hermanos.....

X

¡Galám!

Nadie puede comprender lo que esta sola palabra despierta de misteriosos ecos en el fondo de un alma negra desterrada de su país.

La primera vez que Juan había preguntado á Fatou (Hacia mucho tiempo de esto, cuando la negrita estaba en casa de Cora.)

—¿De dónde eres, pequeña?

Fatou había respondido con voz conmovida:

—Del país de Galám...

¡Pobres razas negras del Soudan, desterradas, alejadas del suelo natal por las grandes guerras ó por el hambre, por todas esas devastaciones de las primitivas comarcas!

Vendidos, convertidos en esclavos, muchas veces han recorrido á pie bajo el látigo del capataz, inmensas llanuras de aquel país mayores que la Europa entera; pero en el fondo de su corazón negro, la imagen de la patria ha permanecido grabada con caracteres indelebles á pesar de la distancia y del tiempo.

Ya sea la lejana Tombouton, ya Segou-Koro que refleja en el Níger sus grandes palacios de tierra blan-

ca, ya un pobre pueblecillo perdido en algún punto del desierto, ó escondido en algún rincón ignorado de las montañas del sur, y del cual ha hecho el paso del conquistador, un montón de cenizas y una carnicería para los buitres permanece siempre grabado en su corazón.

—¡Galam!

Palabra que se repite de boca en boca con recogimiento y misterio.

—¡Galam! (decía Fatou). ¡Juan, un día yo te llevaré conmigo á Galam!..

¡Vieja y sagrada tierra de Galam que Fatou veía, cerrando los ojos; país del oro y del marfil, país en cuyas aguas tibias duermen los caimanes á la sombra de los altos árboles y en cuyo suelo resuena tantas veces el pesado paso del elefante!..

Juan había deseado en otro tiempo ver el país de Galam, del que Fatou le había hecho descripciones extraordinarias que habían excitado su imaginación accesible al prestigio de todo lo nuevo y todo lo desconocido.

Pero ahora su curiosidad había pasado. No deseaba ya saber ni ver nada de aquel país del Africa y prefería continuar haciendo en San Luis aquella vida monótona, esperando la llegada del dichoso momento en que volviese á los Cevenes.

Además le asustaba la idea de internarse en la tierra de Fatou, tan lejos del mar que en aquel país de

fuego es la única cosa *fresca*, la única cosa de donde vienen brisas consoladoras, y también la única vía y el solo medio de comunicación con el resto del mundo.

¡Oh! internarse en el país de Galam, donde el aire debía ser aún más abrasador y más pesado; no, Juan no quería ir, y hubiera renunciado si se lo hubieran propuesto.

Quería sólo pensar en su país, rodeado de montañas y surcado por frescos y transparentes ríos.... Solo de pensar en la tierra de Fatou, sentía más calor y se abrasaba su cabeza.

XI

Fatou no podía ver un *ngabou* (un hipopótamo) sin correr el riesgo de quedarse muerta inmediatamente.

Era esto una maldición que había echado á su familia un hechicero del país de Galám.

Se había tratado de conjurar esta maldición por todos los medios posibles, pero inútilmente, y entre los ascendientes de Fatou se contaban numerosos ejemplos de personas que habían caído muertas á la vista de esos terribles animales, y este maleficio perseguiría sin piedad á todas las generaciones.

Estas maldiciones son frecuentes en el Soudan: hay algunas familias que no pueden ver al león, otras al

chacal, otras (y estas son las más desgraciadas) al caimán.

Es esta una desgracia, tanto más grande, cuanto que los amuletos no pueden nada contra ella.

No es posible imaginar las precauciones que se veían obligados á tomar los antecesores de Fatou en el país de Galám.

No se paseaban nunca por el campo á la hora en que los hipopótamos solían estar, y sobre todo, no se acercaban jamás á esos grandes pantanos cenagosos donde ellos descansan muchas veces.

En cuanto á Fatou, habiendo sabido que en cierta casa de San Luis vivía prisionero un joven hipopótamo, se veía obligada á dar siempre un gran rodeo por miedo de sucumbir á una terrible curiosidad de que se sentía poseída por ver la cara de aquel animal (del cual se complacía en escuchar de sus amigas minuciosas descripciones), curiosidad que, como se adivinará sin trabajo, provenía también del maleficio.

XII

Los días trascurrían lentamente en su pesada monotonía, todos iguales.

El mismo servicio diario en el cuartel de los spahis, el mismo sol sobre sus blancos muros y el mismo silencio alrededor.

Los ecos de la guerra contra *Boubakar Segón*, hijo del Hady, eran el tema de las conversaciones de los jóvenes de uniforme rojo.

Por lo demás, en aquella villa sin vida no sucedía nunca ningún acontecimiento, y los ruidos de Europa llegaban allí como apagados por la distancia y el calor.

Juan pasaba por diferentes fases morales. Tenía sus altos y bajos, y aunque casi siempre estaba bajo el influjo de un cansancio vago y de una gran indiferencia hacia todo, algunas veces la nostalgia del país se apoderaba de él y le hacía sufrir horriblemente.

El invierno se aproximaba. Las brisas de las costas se habían calmado y hacía ya muchos días en que casi faltaba el aire para respirar y en que el mar estaba inmóvil como una balsa, reflejando en su inmenso espejo la deslumbradora luz tórrida.....

.....
 ¿Amaba Juan á Fatou-Gayé?

El mismo no hubiera podido decirlo; pues el pobre y turbado corazón del spahi no lo sabía.

La consideraba como á un ser inferior poco más ó menos que á su perro africano, y no se tomaba el trabajo de averiguar lo que había en el fondo de aquella almita negra, negra como el cuerpo que la encerraba.

La pequeña Fatou era indudablemente disimulada

y embustera y poseía una dosis increíble de malicia y de perversidad. Juan sabía esto perfectamente; pero sabía también la abnegación completa que la negrita tenía para él, cariño del perro á su amo, adoración de negra por su ídolo, y, sin saber positivamente hasta qué grado de heroísmo era capaz de llevarla este sentimiento, no podía menos de agradecerle y de sentirse conmovido por él.

Algunas veces se revelaba su orgullo, y su dignidad de *hombre blanco* se despertaba. La fé prometida á su novia y hollada por una muchacha de raza negra, dirigía amargos reproches á su conciencia, y entonces se avergonzaba de ser tan débil.

Pero cada vez estaba más hermosa Fatou-Gayé. Cuando andaba, tenía esa gracia y esa flexibilidad que las mujeres africanas parecen haber heredado de las razas felinas de su país; cuando dormía, con los brazos levantados rodeando su cabeza, parecía una estatua griega. Bajo aquel alto peinado lleno de ambar y oro, su rostro fino y regular; reflejaba por instantes algo de la belleza misteriosa de un hermoso ídolo de ébano; sus grandes ojos de azulados reflejos que se entornaban con una gracia singular, su sonrisa que dejaba ver lentamente dos hileras de blanquísimas perlas, todo, en fin, tenía un encanto particular y sensual, un gran poder de seducción material, algo indefinible que parecía tener á la vez de la mano de la joven virgen y de

la tigre, y que hacía correr por las venas del spahi estremecimientos desconocidos.....

.....

Juan experimentaba una especie de horror supersticioso por todos aquellos amuletos, y había momentos en que toda aquella profusión de grigris le molestaba y de buena gana los hubiese arrojado todos por la ventana.

No creía en ellos, pero al verlos por todas partes y saber que casi todos ellos estaban allí porque tenían la virtud de retenerle al lado de Fatou y de enlazarle, á ella al encontrarlos escondidos bajo su tara, al verlos colgados en el techo y en las paredes y muchas veces al despertar, pendientes de su cuello, no podía menos de sentir que todo aquello arrojaba á su alrededor, en el aire que respiraba, emanaciones insanas.

.....

Y cada día el dinero iba faltando más.

Decididamente Juan pensaba despedir á Fatou.

Emplearía los dos años que le faltaban en ganar por fin los galones dorados y enviaría todos los meses á sus padres una cantidad para hacerlos la vida más cómoda y aún podría hacer él además algunas economías para hacer los regalos de boda á Juana Mery y para los gastos que había de producirle su matrimonio.

Pero... ya fuese el poder de los amuletos, ya fuese la fuerza de la costumbre, ya inercia de su voluntad

debilitada por el pesado clima, lo cierto es que Fatou continuaba reteniéndole bajo su poder, y Juan no se separaba de ella....

Su prometida... Mucho pensaba en ella, y si hubiese tenido que perder la vida, le hubiera sido indiferente; pero alejarse de Fatou..

Su recuerdo estaba como rodeado de luminosos destellos. Aquella hermosa niña *hecha ya una mujer*, de que le hablaba su madre, se le aparecía cercada de una sagrada aureola.

Cada día está más hermosa, le habían escrito, y Juan trataba de representarse su rostro de mujer, agrandando las facciones de la niña de quince años que había dejado. Ella entraba en todos sus proyectos felices del porvenir.

Pero aquella joya preciosa que él creía poseer allá, muy lejos, bien segura, esperándole en su hogar, era una imagen un poco borrada en el pasado y bastante lejana en el porvenir, por lo cual la perdía de vista por instantes...

¡Y sus pobres padres! Cuánto los amaba también á ellos... Por su padre sentía un amor filial profundo y una veneración que casi era un culto.

Pero su madre ocupaba aún un puesto más preferido, más tierno en su corazón.

Mirad á los marineros, á los spahis, á todos esos abandonados, á todos esos pobres muchachos que pasan su vida lejos, en el mar ó en los países de